

ridículo si no fuera por el simulacro piadoso que la amarra del pañuelo permitía mantener, la amarra que evitaba la caída estruendosa de la mandíbula?" (pp. 121-122).

Por eso, la reunión de la familia en torno de la mesa, luego de enterrada la muerta, cobra, en su estática fijeza, un sentido de letal detención. Allí se encuentran esos dos parientes distantes, Francisco y Joaquín, como hijos pródigos de un orden íntimamente corroído. Quedan allí, misteriosamente unidos bajo la ley de un posible destino común: el tío, irremisiblemente alcohólico; el sobrino, prematuramente atormentado.

Haremos finalmente dos brevísimas observaciones. La retrospectiva en el tiempo utilizada por Edwards no se resuelve sólo en procedimiento técnico, a través de los usuales flash-backs, *raccontos* y *découpages*. Ella nos suministra simultáneamente una intuición coherente de la índole existencial del pasado. Fijémonos en estos pasajes:

"Como si la tarde en el hotel, con su angustia y su desenfrenada excitación, las noches en el departamento, durante los meses y años de ausencia del marido, hubieran sido rodeadas por una nube de amnesia profunda. Aisladas en el tiempo; más bien, fuera del tiempo real" (pág. 111).

"Pero la tarde en el río, que no se repitió, que, con su desvarío caprichoso, quedó aislada en el tiempo, se había borrado de la memoria de ella" (pp. 94-95).

Ese carácter de *islas* de los recuerdos, esa insularidad del pasado, es una aguda percepción de un estilo de vida discontinua. Parásitos del presente o del más inmediato futuro, estos personajes no logran atribuir realidad a lo vivido. Son impotentes para integrar en su curso vital a sus antiguas experiencias; los rige esa "amnesia profunda" de que nos habla el novelista.

Jorge Teillier señaló con perspicacia la "estirpe cartesiana" del arte de Edwards. (Reseña en *Mapocho*, núm. 1, 1965, pág. 193). Es de ese centro de donde fluye la mayoría de las virtudes de este autor. El equilibrio estructural de su última novela, lo nítido de su composición, la tersura plástica del estilo con aspectos esencialmente clásicos. Elementos todos que convergen a hacernos sentir en ella esa *claridad profunda* que Gide, en sus *Sottises*, consideraba como el efecto más constante de algunas pequeñas joyas clásicas.

JAIME CONCHA

<https://doi.org/10.29393/At410-128BHJF10128>

*Breve historia del Paraguay*, de EFRAÍN CARDOZO. Eudeba, 1965

Se ha dicho muchas veces, y con razón, que América Latina es un continente incomunicado; es tan pavorosa esta incomunicación que apenas nos conocemos con nuestros países vecinos, hasta tal punto que resulta increíble que alguna vez hubiéramos pertenecido a un imperio común unido por lazos raciales, políticos, culturales y religiosos en el todo del espíritu y de la lengua hispánicos. Países inmensos que luchan más o menos precariamente por su de-

sarrollo dentro de sus fronteras, no se relacionan con su vecino sino para disputar con él sobre esas mismas fronteras, en dudosos afanes de engrandecimiento territorial, aun cuando no sepan qué hacer dentro del muy extenso que ya poseen.

Aunque en Chile nos preocupamos un poco más, es raro que entre el común de sus gentes alguien conozca o posea una idea elemental de la historia de los países vecinos. Nuestros programas educacionales parecen expresamente encaminados hacia la omisión de ese conocimiento. Es tanto lo que se pretende enseñar a la juventud sobre historia universal que ésta *no alcanza* a aprender nada de la de América. Tal vez se enseñen muy acuciosamente las campañas de Julio César o de Napoleón y esto obliga a explicar muy someramente las de Bolívar, se podrá saber mucho del siniestro Robespierre, pero nada del no menos siniestro y sombrío Dr. Francia, o de la locura soberbia y heroica de Francisco Solano López.

Es por ello que recibimos con especial interés y aplauso esta serie de *breves historias* que la Editorial Universitaria de Buenos Aires ha venido publicando en su "Biblioteca América". Manuales cuidadosamente presentados y, lo que es muy raro en nuestros días, a un precio módico, nos han entregado síntesis históricas de los países hermanos, debidas a las mejores plumas americanas.

*Breve historia del Paraguay*, de Efraín Cardozo, es uno de ellos. El Paraguay es un pueblo singular y seguir su desarrollo histórico en las páginas que comentamos es asistir a un secular escenario en que alternan la epopeya con el poema pastoril y las más sombrías tragedias. Situado en el corazón de Sudamérica, la situación geográfica de este hermoso país ha sido determinante de su historia. El hombre blanco encontró en aquella mesopotamia de exuberantes selvas que forman los ríos Paraguay y Paraná a un pueblo aborigen primitivo, pero espléndidamente dotado: el Guaraní. En estas tribus bárbaras aisladas, que vivían de una agricultura elemental, existía un maravilloso vínculo de unión: la suave y armoniosa lengua común que, cautivando a los conquistadores, habría de sobrevivir adaptándose a su uso a la par con el idioma de Castilla. La raza aborigen era fuerte, bella, inteligente y laboriosa; no resistió con demasiada tenacidad al conquistador sino que formalizó alianza con él entregándole sus mujeres y aceptando su dirección. Así comenzó a formarse la raza paraguaya, en prolífico mestizaje favorecido por una poligamia desaprensiva. La carencia de minerales y la lejanía de los centros de penetración hispánica en el continente, hicieron prácticamente del criollo y del mestizo paraguayos hombres libres a los que la necesidad obligó a gobernarse por sí mismos. Las leyes españolas no rigieron sino en aquellas disposiciones que convenían y se ignoraron o desobedecieron las demás. La Asunción nació como la semibárbara capital de una verdadera Arcadia Feliz, aunque turbulenta; fundada por Juan de Salazar en 1537, tiene el honor de ser una de las más antiguas ciudades de América.

El primero de la larga serie de caudillos paraguayos fue Juan de Irala, verdadero fundador del país; "sus sucesores —escribe Cardozo— casi siempre de-

"signados en votación popular, debieron afrontar graves problemas. El Paraguay, sin minas de metales, dejó de interesar a la Corona y quedó librado a su suerte. Pasaron lustros sin comunicaciones con España o con el Perú, al tiempo que se multiplicaban inquietamente los mestizos o "mancebos de la tierra". De vigorosa planta, llenos de ímpetu, hábiles labradores y artesanos, diestros para la guerra y tocados por el mismo afán político de sus progenitores, pronto se convirtieron en el principal factor de los disturbios".

A fines del siglo xvi nace en la Asunción uno de los hombres más notables de América: Hernando Arias de Saavedra. Este criollo fue el primero que asumió el gobierno de su país en Sudamérica. La historia y la tradición lo recuerdan como Hernandarias y España lo destacó entre los "grandes de Indias". Gobernante de genio, hombre de gran cultura, fue un verdadero caudillo civilizador que hizo florecer a su patria. Sin embargo, fuera de ella hoy nadie conoce ni siquiera su nombre.

Cardozo, en conciso y claro estilo, nos va trazando el panorama de la historia paraguaya de tal modo que, en su brevedad necesaria, deja señalados los fenómenos históricos determinantes: formación de un ideal democrático hispanoguaraní, oscilante entre la turbulencia y el caudillaje, experiencia colonizadora de los jesuitas a los que, tal vez un poco injustamente, considera como elemento adverso al desarrollo del país; revolución de los "comuneros", que revive en forma exótica el ideal democrático de los antiguos comuneros de Castilla. "El Paraguay —explica el autor— fue una democracia turbulenta con la voluntad del "común" como supremo decididor en las graves emergencias. La Real Cédula de 1537, que autorizaba a proveer por el voto popular las vacancias del gobierno, rigió como verdadera carta magna de la provincia".

Y este país que durante la monarquía indiana fue la más libre de las provincias, al nacer a la vida independiente iba a ser la más oprimida de las repúblicas durante la mayor parte de su existencia. El Doctor Francia cierra el país a vecinos y extranjeros durante 30 años; sombrío, implacable y desconfiado, encarcela hasta los embajadores; desconoce las pretensiones argentinas y salva a su patria de la anarquía circundante. Empero, al mirar desde nuestra época el panorama histórico, este enclaustramiento nos parece como un imperativo necesario que consolidó la personalidad nacional. Así como la República había nacido organizada al modo de un aula de estudiantes de colegio jesuita, con dos cónsules a la romana, para luego dar paso al primer dictador, a la muerte de Gaspar Francia el juego se repite en otro "consulado" del que nace el segundo hombre fuerte: Francisco Antonio López, dictador equilibrado y discreto, que conduce su país a la prosperidad; cuando muere en 1862, el Paraguay es una nación floreciente que reconoce en él los méritos de su mejor gobernante desde Hernandarias. Le sucede su hijo don Francisco Solano López... porque esta república ha llegado a ser casi una monarquía hereditaria. El hijo, bizarro, ávido de glorias militares y sueños imperiales, quiere ser émulo del Emperador del Brasil, su vecino, y emparentar con él por alianza matrimonial. A los problemas de fronteras internacionales se une

su despecho por el rechazo de sus pretensiones dinásticas. Viene la guerra, la heroica y salvaje guerra de cuatro años contra la triple alianza: Brasil, Argentina y Uruguay. El precio es la vida de un millón de paraguayos, entre los que se cuenta el mismo dictador, en un pueblo que tenía un millón trescientos mil habitantes. Sólo quedan las mujeres, los ancianos y los niños pequeños. Todo ha perecido en el holocausto. Hay que volver a empezar como en los días primeros, restaurando la poligamia primitiva.

Ciertamente no hay en América ni tal vez en el mundo entero una historia más singular que la de este pequeño gran país del corazón del continente. Efraín Cardozo nos presenta de ella un cuadro desapasionado, preciso, señalando con certera agudeza lo fundamental para su conocimiento, con método histórico y claro estilo. Es un aporte de vital importancia para enriquecer el aún no establecido intercambio de un mercado común del conocimiento y del espíritu americanos.

JORGE FUENZALIDA PEREYRA

*Historia de Chile*, de JAIME EYZAGUIRRE. Zig-Zag, 1965.

Después de internarse por largos años en las hondas quebradas y los frondosos bosques de nuestro pasado (terreno rico en exploradores que, de siglo en siglo, desde la crónica plena de realidad y vida hasta la investigación erudita, nos han legado el cuadro de la historia patria), Jaime Eyzaguirre, biógrafo de nuestros próceres fundamentales, emerge de su trabajo de buscador de vetas, se sacude el polvo venerable y elevándose en la altura contempla el cuadro de su redescubrimiento histórico y nos lo entrega en un todo apretadamente coordinado, claro y hermosamente sobrio.

Esta Historia de Chile, que trata en su primer tomo la génesis de nuestra nacionalidad, es una precisa síntesis que alumbra con nuevas luces aspectos que iban quedando en la penumbra, pero que la investigación especializada y sistemática de nuestros historiógrafos ha presentado con definidos contornos, especialmente en lo que va corrido de este siglo.

Encontramos en la obra de Eyzaguirre una visión distinta de la tradicional a que estábamos acostumbrados, pero asentada sobre sólidas bases: su amplio y profundo conocimiento de nuestro pasado adquirido a lo largo de una vida de estudio, una acuciosa labor de investigación documental y una bibliografía de 280 títulos.

Escrita con gran amenidad, en un estilo claro y conciso, tiene el mérito de describir con una sola frase lo esencial del carácter de un personaje, lo fundamental de un período o de un fenómeno histórico; como ejemplo de lo primero leemos estas microbiografías de los compañeros de Valdivia: "Jerónimo de Alderete, antiguo compañero de Valdivia en Venezuela, de recta línea moral; Francisco de Aguirre, arrojado, irascible y rumboso; Francisco de Villagra, heroico, prudente y desinteresado; Rodrigo de Qui-